

HABITAR EL TIEMPO

House in the Big-Ben Tower, London

SUMERGIDO EN lo más alto de la Elisabeth Tower, este refugio a caballo del tiempo se ubica en una atmósfera frágil e inmaterial.

Tras las llamas del incendio que, la noche del 16 de octubre de 1834, arrasaron el antiguo Palacio de Westminster, fue Augustus Pugin el encargado de diseñar la, comúnmente conocida, torre del Big Ben. Fue su última obra y su perdición, ya que, la tercera torre de reloj más alta del mundo, acabaría por arrastrarle a la locura y a la depresión. Desde entonces la Elisabeth Tower ha permanecido virgen a cualquier visita.

El nuevo refugio se sitúa a 86 metros de altura, anclado a los muros de piedra caliza y al mecanismo del reloj, una de las máquinas más precisas del mundo: un engranaje de escape de gravedad, que consiste en un péndulo con una estrella de tres puntas que gira cuando el péndulo bate los segundos. Bajo esta estructura ligera se encuentra el vacío, donde las sombras están surcadas,

tan solo, por un filigrana de 334 escalones. Es el camino necesario para llegar allí, casi un ritual: ascender a través de una pesada oscuridad, rodearse del vacío para, lentamente, vislumbrar una sucesión de reflejos, que se filtran a través de las cuatro vidrieras del reloj, y que resquebrajan las tinieblas.

Si existe una manera para trascender el tiempo tal vez sea adosarse a él, hacerse partícipe del devenir de las horas, materializado en la sucesión de los matices de la luz. Son los movimientos quietos del baile de las manecillas los que detienen el tiempo en un lugar que disuelve la realidad, a 86 metros de oscuridad hueca.

Cortesía del Archivo de la Biblioteca del RIBA, los planos a disposición ilustraban también una serie de nudos y anclajes de hierro, que se han utilizado en la estructura de la casa, hilvanando así, en el contraste entre lo nuevo y lo viejo, un diálogo lírico con el pasado.





- NEW PALACE AT WESTMINSTER -

- CLOCK-TOWER -

- PLANS - ELEVATION - & SECTION -

SCALE 1" = 4' 0" 1/2



- PLAN UNLINED -



- PLAN UNLINED -



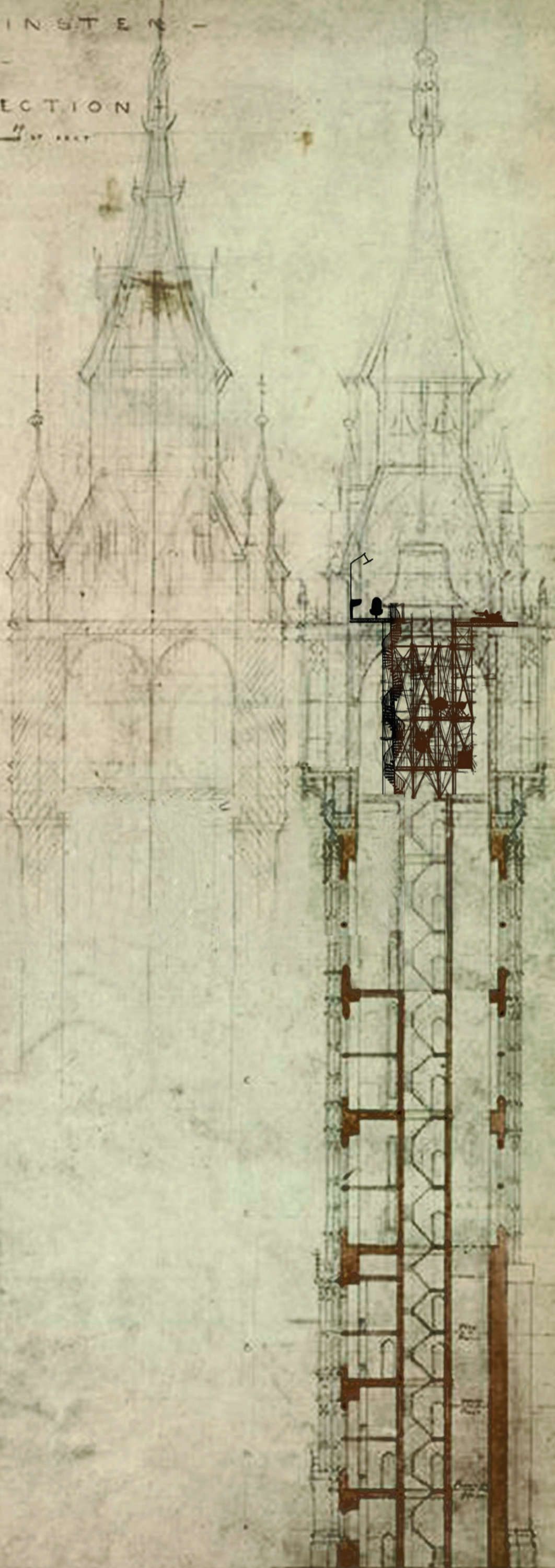
- PLAN UNLINED -



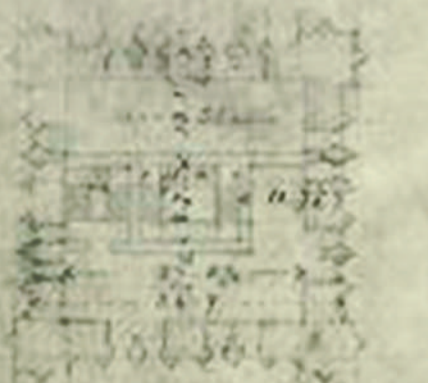
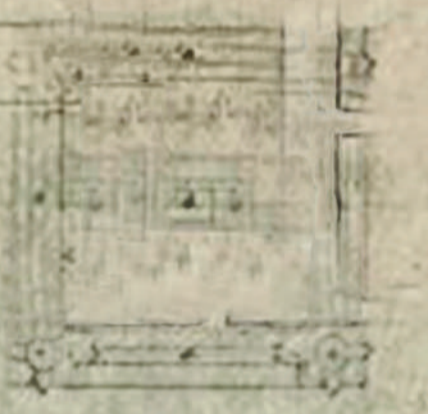
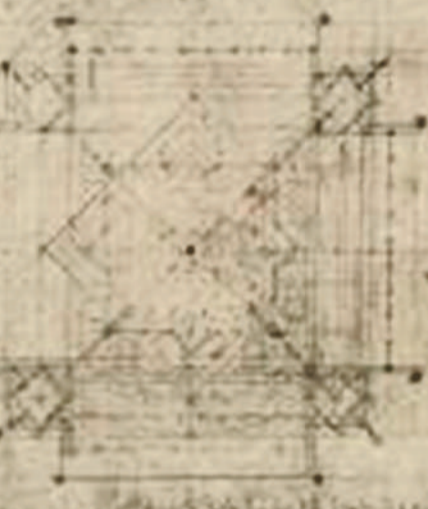
- PLAN UNLINED -



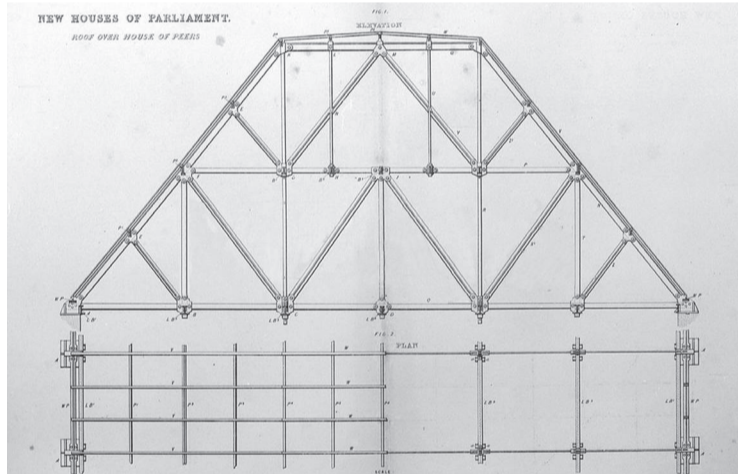
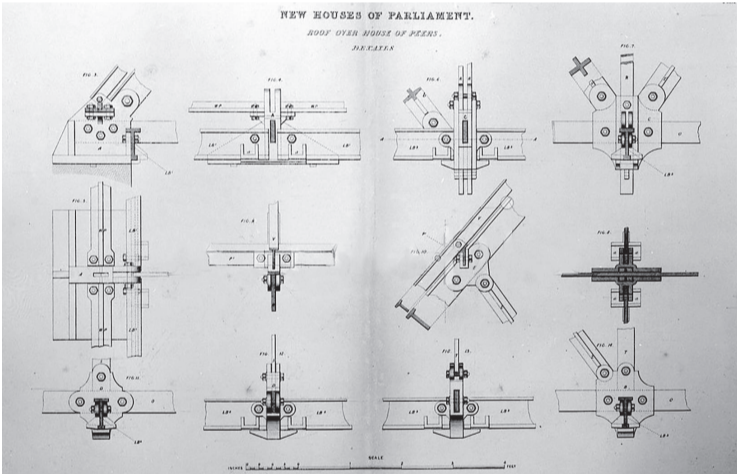
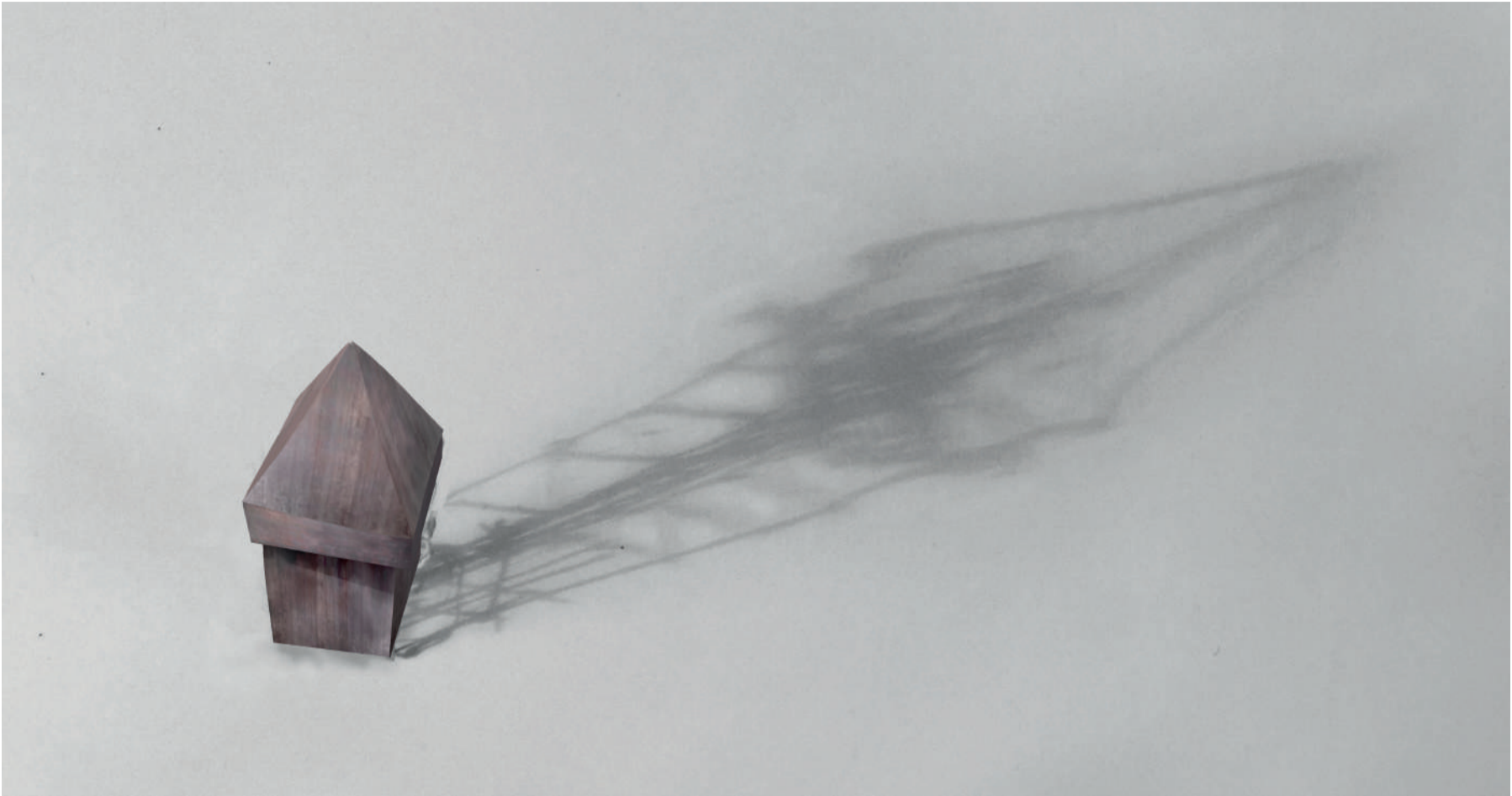
- PLAN UNLINED -



- SECTION -

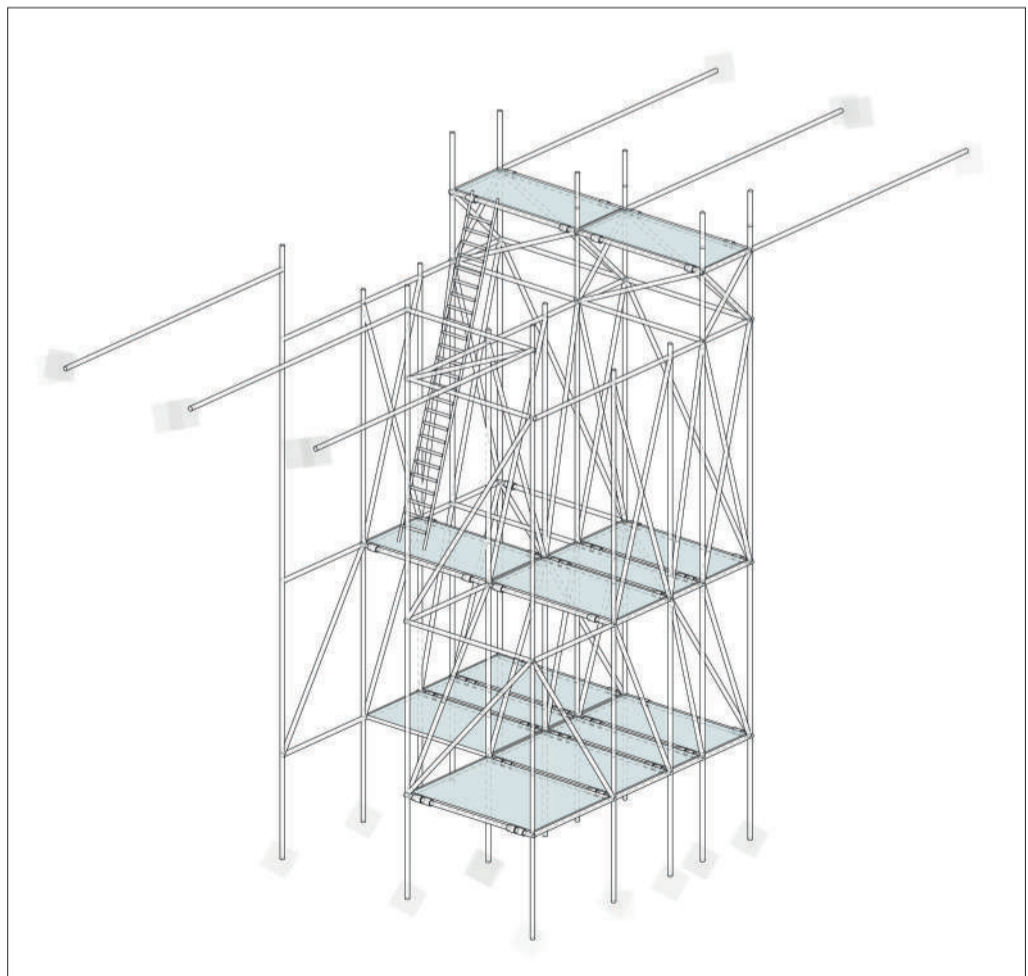
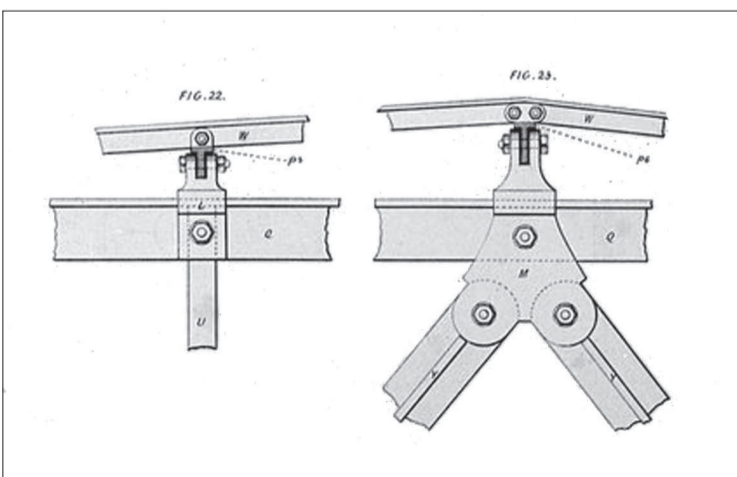
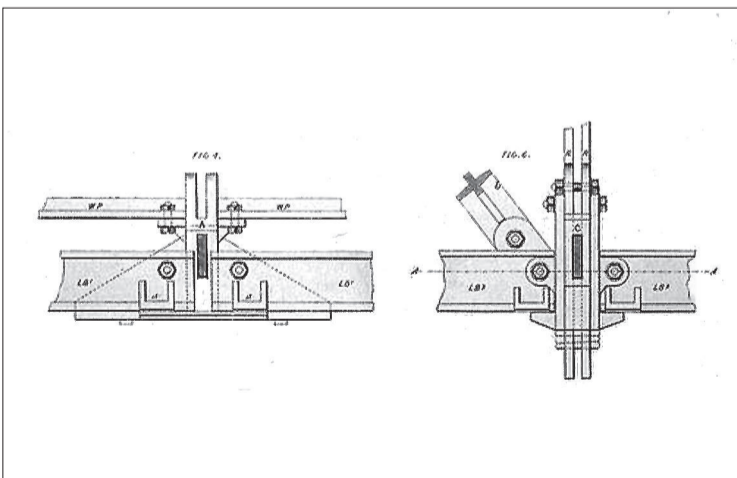


*Some detail of vaulting in diameter
with a central staircase for
lantern and vaults kept by off*



Arriba: la maqueta de sombra ha sido realizada a través de modelado en plástico térmico, acentuando el carácter ingrávito y atmosférico del proyecto.

Abajo: la nueva estructura, anclada en los muros y en el mecanismo del reloj, se sirve de los detalles diseñados por Pugin para estructuras de hierro en la reconstrucción del Palacio de Westminster. Su ligereza parasita con respecto al Big Ben.



EL MUNDO DESLUMBRANTE

El Aleph de la Elisabeth Tower

MIENTRAS PASEABA por Regents Park, el hombrecito azul fue repentinamente consciente de que debía abandonar su actual vida.

No era la primera vez que le asaltaban tales pensamientos. En otras ocasiones, bastante frecuentes, se había imaginado dejando su trabajo, a sus seres queridos y, sin dejar tan siquiera una nota, partir hacia destinos desconocidos. Entonces, se encerraba durante algunos días en su apartamento, presa de un ligero desasosiego, y se ponía a meditar sobre qué labor nueva debería comenzar a desempeñar. Luego abría las ventanas, respiraba hondo y se sentía embargado por la ligereza.

Sin embargo, aquel día fue distinto. Nunca había sentido tal determinación ni tal férrea seguridad, y fue por ello por lo que decidió replantearse las cosas. Y llevar a cabo sus conclusiones. Esto último era particularmente importante.

El hombrecito azul era bajito y azul, valga la redundancia. Solía vestir con elegancia, siempre con un pañuelo bien planchado en el bolsillo de la chaqueta, porque su madre adoptiva le había inculcado el gusto por las cosas bien hechas y limpias. Procuraba rodearse de objetos de calidad y establecía rutinariamente una jerarquía entre las tareas del día, conduciendo su vida con un sosegado orden y serenidad. No se había casado, por su piel azul pensaba, pero tenía buenos amigos. Según lo que su madre le había contado, le habían encontrado en un banco de una plaza en la que solo había un árbol, una mañana de primavera, luego le habían llevado al orfanato. Sin embargo, él había descubierto la verdad unos años más tarde, pero era un secreto que no había revelado a nadie. No poseía ninguna cualidad que lo diferenciara del resto, exceptuando el matiz de su piel y cierta tendencia a la trascendencia.

Llamó al banco en el que trabajaba desde hacía dos años, y sentenció que dejaba su puesto. Luego llamó a su madre y le explicó que se marchaba. Le mintió diciendo que no sabía a dónde, por lo que podía disponer de sus pertenencias a su antojo, que era libre de alquilar la casa, vender los muebles o incluso quemarlo todo. Lo dejaba a su elección. Ella asintió, como si no le extrañase la actitud de su hijo adoptivo, casi como si lo hubiera estado esperando desde hacía tiempo y ahora, cuando por fin había llegado el momento, el miedo de perderle hubiera sido sustituido por el alivio de que ocurran las cosas que tienen que ocurrir.

Tras esta serie de temas que debían ser resueltos, el hombrecito azul se sintió aliviado. Mientras cavilaba sobre qué habría hecho a partir de ahí, entró en una camisería y recogió tres camisas. Luego compró una mochila y metió las tres camisas, un cepillo de dientes, un tubo de dentífrico, una pequeña guía telefónica, dos libros (el Polyolbion y el De Rerum Natura) y un par de calcetines. Alquiló una cometa y voló hasta la cúspide de la torre del reloj. Eran, exactamente, las diez de la noche, dieciséis minutos y treinta y dos segundos cuando aterrizó en uno de los pináculos. Pensó que la belleza de Londres de noche aumentaba con el transcurso de los años. Entró por agujero que había dejado uno de los cristales ausentes de la vidriera este.

-Has tardado en volver, le dijo.

El hombrecito azul se sobresaltó. En realidad sabía que estaría allí, como siempre, esperándole. Hola, respondió. No te veo, baja por favor.

-Estoy aquí arriba, ¿no quieres subir?

-Ya sabes que no me gusta la temperatura de la campana, me quedo mejor aquí.

-Vale, pues ahora bajo.

Mientras esperaba, dispuso sus pocos enseres sobre una repisa. Se hallaba en un espacio cúbico, ocupado por un entramado de andamiajes que su hermano había ido disponiendo, delimitado por las circunferencias de las cuatro vidrieras. A su derecha, el hueco de las escaleras revelaban un vacío de sombras que contrastaba con la luz de la noche, que se filtraba por las cuatro vidrieras circulares del reloj y dibujaba un baile de reflejos entre las siluetas de las manecillas y de los engranajes. Paseó cavilante, evitando posar su mirada en el centro de la estancia, donde una mesita albergaba una esfera de vidrio que destilaba brillos sin guardar relación alguna con la luz de la estancia. Y fue tan solo en aquel momento, con la penumbra bajo sus pies y la ingravidez del vacío de los 86 metros de altura a su alrededor, cuando empezó a inundarle la calma. Cerró los ojos y esbozó una sonrisa.

-Pareces idiota, le dijo. ¿A qué viene esa cara?

-Disculpa, yo no te digo lo que pienso cuando trepas por la campana.

-Ya, pero solo porque tú has sido educado según convencionalismos burgueses.

-Ya, tú sin embargo...

-Bueno, que vale. Muy bien, dime por qué has vuelto. -Además, después de cuánto, ¿cinco años?

-Seis años y dos meses. Nada, lo he dejado.

-Te lo dije. En realidad ya lo sabía, pero me apetecía que lo reconocieras.

-Ya.

-¿Y ahora que?

-Nada, estaba pensando en instalarme aquí definitivamente. O tal vez no, no lo sé todavía. Y empezar a hacer esculturas. O a escribir. Tal vez a leer, sin más...

-Sabes de sobra que eso no te va a llevar a ningún lado. La misma monserga de siempre.

-Mira, no te voy a hacer caso, ¿me oyes? Ya sé lo que me vas a decir, que si actúo tangencialmente, que si me alimento de tofu cuando en realidad soy carnívoro...

-Incompleto, eso es lo que estás.

-Perdona, pero qué sabrás tú.

-Mira, te conozco, y otra cosa no, pero, además de verlo y sentirlo todo, soy sangre de tu sangre. Y ya has intentado ser matemático, pintor, ingeniero, arquitecto, relojero, y nada de eso dio resultado. Ahora qué eras? A, ya, trabajabas en bolsa. Muy bien, me da igual más de lo mismo. Tú lugar no está allí. Hasta ahora has intentado escapar de tu naturaleza pero, en realidad, has realizado cosas que se le parecen. Has intentado reproducir la realidad, dominar sus mecanismos abstractos, construirla, manipular el tiempo. Has leído cuatro mil sesenta y tres libros, y acabas de empezar otro. Y has viajado, y siempre, siempre, has vuelto frustrado. Últimamente de hecho habías tirado la toalla y te dedicabas a llevar una vida medianamente normal, habías casi llegado a convencerte de que podías ser capaz, y mira.

-Ya, y entonces ¿qué quieres?

-Ya lo sabes, así que deja de negarlo. Estás aquí, entre el cielo y el suelo, en los confines de la realidad y a la vez en la realidad pura, donde el tiempo se intensifica para dejar de existir. Desde tiempos remotos los poetas se subían a las alturas porque les permitían abarcarlo todo, y no sólo eso. El tiempo se ralentiza, la mente se abstrae. Tienes conocimientos físicos y lo

sabes. Y por ello el Aleph existe aquí. Sigue aquí, al alcance de tu mano, basta que quieras acceder, y todo entrará en ti.

El hombrecito azul sintió que sus fuerzas flaqueaban, y una repentina presión en la nuca que descendió por su espalda con la intensidad de un escalofrío. Estaba allí, a su derecha. Lo percibía. Pero se resistía. La esfera palpitaba en fulgores que parecían llamarle. Tragó saliva y miró a su hermano, que le devolvió un gesto de confianza y a la vez de insistencia. Hazlo... Y pensó en su vida, antes de todo, antes de nada. Se dijo que no era natural, que al ser humano le había sido encomendada la ignorancia como coraza de seguridad. Pensó en Kant y en Schopenhauer. Pero luego recordó a Schelling y a Fichte, y también a Lucrezio, a Timeo, a Diderot y a Drayton. Su hermano seguía hablando, pero él ya no escuchaba. Seguía intentando convencerle, pero, en realidad, él había venido aquí por un motivo. Un desasosiego, una carencia que bullía desesperada, un ansia que cobraba a pasos vertiginosos una intensidad dolorosa.

Fue entonces cuando se volvió. Y lo que vieron sus ojos fue simultáneo, pese a que esta transcripción sea sucesiva, porque el lenguaje lo es.

Sobre la superficie de la mesa vio la pequeña esfera, de casi intolerable fulgor. Al principio la creyó giratoria; luego comprendió que ese movimiento era una ilusión producida por los vertiginosos espectáculos que encerraba.

El diámetro del Aleph sería de dos o tres centímetros, pero el espacio cósmico estaba ahí, sin disminución de tamaño. Cada cosa era infinitas cosas, porque él las veía claramente desde todos los puntos del universo. Vio el populoso mar, vio el alba y la tarde, vio las muchedumbres de Europa, vio una plateada telaraña en el centro de una negra pirámide, vio un laberinto roto (era Londres), vio interminables ojos inmediatos escrutándose en él como en un espejo, vio todos los espejos del planeta y ninguno le reflejó, vio racimos, nieve, tabaco, vetas de metal, vapor de agua, vio convexos desiertos ecuatoriales y cada uno de sus granos de arena, vio en Inverness a una mujer que no olvidaría, vio la violenta cabellera, el altivo cuerpo, vio un cáncer en el pecho, vio un círculo de tierra seca en una vereda, donde antes hubo un árbol, vio un ejemplar de la primera versión inglesa de Plinio, la de Philemon Holland, vio a un tiempo cada letra de cada página (de pequeño, solía maravillarse de que las letras de un volumen cerrado no se mezclaran y perdieran en el decurso de la noche), vio la noche y el día contemporáneo, vio un poniente en Plakias que parecía reflejar el color de una rosa en Bengala, vio su apartamento sin nadie y con gente, vio en un gabinete de Alkmaar un globo terráqueo entre dos espejos que lo multiplican sin fin, vio caballos de crin arremolinada, en una playa del Mar Caspio en el alba, vio la delicada osatura de una mano, vio a los sobrevivientes de una batalla, enviando tarjetas postales, vio en un escaparate de Mirzapur una baraja española, vio las sombras oblicuas de unos helechos en el suelo de un invernáculo, vio tigres, émbolos, bisontes, marejadas y ejércitos, vio todas las hormigas que hay en la tierra, vio un astrolabio persa, vio las cartas obscenas que a veces escribía, vio la reliquia atroz de lo que deliciosamente había sido él mismo, vio la circulación de su oscura sangre en su cuerpo azul, vi el engranaje del amor y la modificación de la muerte, vio el Aleph, desde todos los puntos, vio a Borges arrodillado frente al Aleph, vio en el Aleph la tierra, y en la tierra otra vez el Aleph y en el Aleph la tierra, vio su cara, vio mi cara y mis vísceras, vio tu cara, y sintió vértigo y lloró, porque sus ojos habían visto ese objeto secreto y conjetural, cuyo nombre usurpan los hombres, pero que ningún hombre ha mirado: el inconcebible universo.